

*José Emilio Pacheco*

# Los guiones olvidados

José Luis Martínez S.

*En un cine popular del centro de la Ciudad de México algún día de los años sesenta, un niño ve, antes de que empiece la película, breves cápsulas sobre asuntos de ciencia, cultura, espectáculos, vida cotidiana. Se trata de los cortos de Cine Verdad, producidos por Miguel Barbachano. Muchos años después, ese niño, convertido en periodista cultural, habrá de conocer la identidad del autor detrás de esos guiones olvidados.*

Conocí los textos de José Emilio Pacheco antes de escuchar por primera vez su nombre. Nací en el centro de la Ciudad de México y de niño la lectura de cuentos —ahora llamados cómics— y sobre todo el cine hacían olvidarme de todo: de los deberes domésticos, de las tareas, del catecismo, de las misas dominicales, ante la desesperación y el enojo de mi madre. Me gustaban las salas enormes de aquellos años, las pantallas inmensas, las marquesinas en las que siempre faltaban algunas letras. Iba a los cines de segunda. Eran baratos y ofrecían programas triples —además, repetían la primera película—. En esos cines desvencijados —como seguramente en los de primera— antes de las películas pasaban un noticiario; algunos eran mera propaganda de las actividades del gobierno, sobre todo del presidente de la República, pero otros, los menos, se ocupaban de una manera amena de la vida cotidiana, de la cultura, de la ciencia, de los espectáculos. Entre estos últimos estaba *Cine Verdad*, producido por Manuel Barbachano Ponce, uno de los personajes más respetados de la cinemato-

grafía nacional, que en sus proyectos supo rodearse de varios de los mejores escritores de México.

\*\*\*

El doctor Javier Perucho, especialista en sirenas e incansable explorador del universo escritural de José Emilio, me compartió hace poco dos frutos de sus indagaciones. Un volumen llamado *Letras minúsculas*, en el que reúne aforismos publicados por Pacheco en libros, periódicos y revistas, y un conjunto de guiones que escribió a partir de los años sesenta para *Cine Verdad*. Los aforismos son agudos, certeros, divertidos, como se advierte en los siguientes:

“—Seré breve —dijo el relámpago”.

“Odia la literatura. Su obra demuestra que es correspondido”.

“Como todas las personas que no saben qué hacer con su vida, la justifica dando consejos”.



José Emilio Pacheco



Hermanos Mayo, fachada del cine Arcadia, 1948

Esas *Letras minúsculas* me deslumbraron, pero los guiones me hicieron viajar por el tiempo; a mis años de infancia, a los cines desaparecidos de una ciudad que respeta poco su pasado y, en aras de una modernidad nunca alcanzada, atenta incesantemente contra su memoria. Esta ciudad, lo sabemos, tiene una deuda impagable con los escritores que la han preservado en sus crónicas, en sus poemas, en sus cuentos y novelas; y en ese conjunto de escritores destaca sin duda José Emilio —como destacan también Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y Cristina Pacheco.

Al leer ahora los guiones de José Emilio, esbeltos, breves, agradables, me doy cuenta por qué, al contrario de otros noticieros, *Cine Verdad* atrapaba la atención de espectadores tan poco enterados como éramos quienes asistíamos a esas salas de barrio a ver películas de luchadores, *westerns* mexicanos, comedias rancheras o melodramas urbanos. No sabíamos ni nos importaba quién estaba atrás de aquellas historias, sólo escuchábamos una voz en *off* que iba narrando lo que se ilustraba en la pantalla.

En uno de estos guiones, escrito en 1969 con motivo de una exposición en homenaje a Marilyn Monroe en la Galería Universitaria Aristos, José Emilio escribe:

Antes que símbolo o alegoría, Marilyn es una sensualidad jubilosa. La música parece nacer de ella misma. Y en la danza que el cine perpetúa, todo el trasfondo se desvanece para que sólo quede la estrella abrazada, besada, pensando en algo que no sabremos nunca, bailando, sintiendo la melancolía del triunfo y la esterilidad final del éxito.

Quienes vivieron esos años pueden cerrar los ojos e imaginar las palabras de José Emilio en la voz grave de Claudio Obregón mientras se suceden las fotos y secuencias filmicas de Marilyn Monroe, teniendo como fondo la música de *The Happening*.

Contra lo que pregonan los mercaderes del templo de la comunicación masiva, José Emilio Pacheco no sacrificó nada en la escritura de sus guiones para volverlos accesibles a la gente; son textos perfectos, escritos con imaginación y rigor, con la ligereza y profundidad que caracterizan su literatura. En ellos habla de Frida Kahlo, muchos años antes de que se volviera una moda; de los aviones supersónicos; del Diamond, un satélite francés de telecomunicaciones; de la Semana Santa en Capulhuac, un municipio al sur del Estado de México. Los temas que aborda son innumerables, fueron alrededor de veinte años los que se dedicó a esa labor cuyos pro-



Hermanos Mayo, cine Ópera, 1948



Cine Palacio, 1947

digios, una tarde de tertulia, me fueron revelados por Javier Perucho, a quien agradezco la confianza.

\*\*\*

José Emilio Pacheco —dice Sergio Pitol— es el polígrafo perfecto. Tiene razón, lo es porque en la vastedad de sus escritos no hay lugar para la incuria. Es el polígrafo perfecto porque dedicó muchas de sus horas a la traducción y a la edición en suplementos y revistas, al cuidado de escritos ajenos; a la redacción de textos anónimos —sus editoriales para *Excélsior*, por ejemplo— o de otros que, aunque firmados, no le brindaron mayor reconocimiento, como sus guiones para *Cine Verdad*.

En un cálido ensayo titulado “Inventario”, Gabriel Zaid recomienda: Hay que cuidar la obra de José Emilio Pacheco

respetando los libros que él mismo organizó y revisó, pero recogiendo lo que está a la deriva. Por una parte, lo que haya dejado inédito (incluso grabaciones de sus conferencias, participaciones en mesas redondas, declaraciones, entrevistas). Separadamente, la prosa cuidada y publi-

cada por él mismo, pero dispersa. De ésta hay que hacer el inventario, y proceder a la pepena, por lo pronto tal cual. De esa cantera pueden salir después las ediciones, no se diga las consultas de lectores e investigadores.

De esta pepena maravillosa son resultado *Letras minúsculas* y los guiones de *Cine Verdad*—que merecen ser editados—. Los guiones, además, corroboran el gran respeto que tenía José Emilio Pacheco por el lector anónimo, por los espectadores anónimos como aquellos que en los sesenta atisbamos un horizonte más limpio y más amplio a través de esas pequeñas historias que nos contaron las voces inolvidables de Claudio Obregón o Fernando Marcos y que fueron escritas —no lo sabíamos— por un hombre para el que —dice su hija Laura Emilia Pacheco— todos los días fueron días de entrega, de una entrega permanente a la escritura de poesía, cuentos, novelas, obras de teatro, ensayos, artículos periodísticos y, durante mucho tiempo, a esos guiones que me devuelven el recuerdo de la ciudad y los cines de mi infancia.

Versión editada del texto leído en el Homenaje Nacional a José Emilio Pacheco el 30 de junio de 2014 en la Sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario de la UNAM.